

A MI AMIGO DEL ALMA: ANDRÉS

Julio Velilla, s.j.

Mi querida Familia: Rita, Laura, Andrésín, Ignacio y la tía Mercedes. Bienvenidos todos los familiares y los numerosos amigos del Profesor Andrés Miñarro.

Ante la computadora, tratando de hilar mis pensamientos y decir algunas palabras, para este momento, me preguntaba si no era más oportuno callar, rumiar el pasado, acompañar en silencio a la familia del querido amigo Andrés. Por otra parte, me preguntaba ¿qué ha significado mi relación y la de muchos de los presentes, con Andrés, durante estos años...? ¿Qué nos dejó Andrés en su paso por nuestra vida...? La respuesta parcial a estas y otras preguntas es lo que voy a intentar compartir brevemente con todos los presentes. Cada uno de ustedes podrá ir haciéndose estas o similares preguntas y consideraciones.

Andrés se nos fue cuando menos lo esperábamos. De ninguna manera quería que su ausencia fuera motivo de tristeza, y eligió bien la fecha, el 26 de Diciembre (hace dos meses) y el modo: sin dolores, sin angustias, simplemente, y nunca mejor dicho, se durmió. No dudo que Dios le concedió la gracia de morir como él lo había pedido y deseado.

Andrés nos convoca hoy, en este recinto universitario donde pasó gran parte de su vida, como estudiante, como Profesor y responsable en diferentes cargos directivos. Al finalizar la Eucaristía, tendremos la oportunidad de hacerle el homenaje que merece su trayectoria académica, aunque probablemente nos quedaremos cortos.

Nos reunimos, para orar juntos y recordar los gratos recuerdos que, en todos nosotros, suscita su memoria. Venimos con el corazón entristecido, pero también

agradecido, a Dios Padre, por lo mucho que a todos nos enriqueció nuestra relación personal con Andrés.

Comentaba a Rita, en días pasados, que al finalizar el año 2006, se me fueron dos hermanos muy queridos. Mi hermano Agustín, fallecido en Noviembre, en España y mi hermano del alma Andrés, fallecido en Diciembre. Con Andrés compartí, a lo largo de cuarenta años, muchas alegrías; también algunos malos momentos, pocos en verdad. Ambos sabíamos la amistad incondicional que nos unió y tuvimos la oportunidad de apoyarnos mutuamente, en momentos cruciales de nuestras vidas.

Si he de resumir, de alguna manera, mi relación de fraterna amistad, durante estos años, acudiría a lo que hemos escuchado en la lectura del Evangelio. Andrés fue, ante todo, un padre responsable y prudente. No construyó su casa, su familia y sus amigos, sobre arena, sino sobre roca. Tampoco sembró la semilla en los rastrojos del camino o en terreno pedregoso, sino en tierra abonada y fértil que cosecha abundantes frutos. “Por sus frutos lo conoceréis” nos dice el Evangelio. Y Andrés nos legó, sin duda, abundantes frutos de vida, como su mejor herencia, en sus hijos Laura, Andrésín e Ignacio, con quienes me unen vínculos muy especiales (bauticé a los tres, soy además padrino de Ignacio y, el año pasado, celebré el matrimonio de Laura).

Andrés, a su manera, nos enseñó a amar, nos inspiró que el amor es el origen y la vocación de todos nosotros. Nos demostró vivencialmente, aunque algunas veces trataba de disimular con su gesto adusto, y que no era sino “pura pinta”, que el amor es lo primero que sentimos presente o ausente y lo único que es más fuerte que la muerte...

El amor nos sitúa en la vida como en un río que dice constantemente adiós a sus fuentes. Si la vida fluye, el adiós es necesario para situarnos e el proceso de vivir. No saber decir adiós es estancarnos e impedir en nosotros esa energía vital que nos empuja a un constante cambio y por tanto, aun frecuente adiós.

Cuando un ser querido se nos va, decirle adiós es siempre una palabra difícil de pronunciar. La palabra adiós conlleva despedida, distancia, separación... LA MUERTE es la experiencia del último adiós. Ahora bien, el adiós que nos impone la muerte y separación de un ser querido, podemos vivenciarlo como un desgarrón doloroso, una despedida, o como un nacimiento, no exento de dolor, a la verdadera VIDA.

El duelo que nos permite elaborar la muerte de alguien muy cercano, como Andrés, conduce a aprender a decir Adiós y seguir vivo. La despedida no sólo se remansa en el recuerdo sino que encuentra paz, una gran paz, compatible con el dolor, en la convicción que el viviente, no sólo no muere nunca definitivamente, sino que acontece

en una existencia inasible, pero profundamente real. El amor hace, frecuentemente, de la muerte, un penoso trance; ¡qué difícil es decir adiós a la persona que se ama...! Sólo la fecundidad de la vida, palpada en el amor, puede fortalecer la serenidad que delecta el último adiós.

Todo este proceso, sin embargo, no nos ahorra el grito y el llanto que brota del corazón. La muerte es la penúltima palabra; la última sería el AMOR que nos permite convivir con el adiós que el corazón intuye, no sin dolores de parto y soledades profundas, y que la razón no comprende.

Lo contrario del adiós es el inmovilismo posesivo, sin querer soltar el instante, que se nos va de entre las manos. En tal caso, no podemos imaginarnos la vida sin tal o cual persona. Pero para poder darle permiso para irse a la persona que queremos. Pero para poder darle permiso para que se vaya, para decirle adiós necesitamos amor, para hacerlo con amor a nosotros mismos y a la vida, así como capacidad de sentido para que no se produzca un aterrador vacío existencial. Es verdad que siempre habrá un "vacío", pero saber afrontarlo es fuerza para crecer en la esperanza que nos permita sobrevivir y vivir.

Sin duda, todo adiós produce una cierta, o mucha, dosis de soledad. Es una situación, Rita, en que, para pronunciar esta palabra, necesitarás estar a solas contigo misma, en contacto con tu verdad, y asumir la responsabilidad de pronunciarla. Pero además de esa soledad, el adiós te será más fácil cuando una red de relaciones humanas que, afortunadamente tienes, te proporcione recursos y fortaleza para caminar juntos. La seguridad básica en ti misma, te permitirá así dar a tu esposo Andrés, un adiós, o si prefieres, un hasta luego", doloroso, pero confiado.

El testimonio de vida y muerte de nuestro amigo y hermano en la fe, nos recuerda insistentemente que la vida no tiene sentido si la muerte, pero que la muerte no tienes sentido sin la esperanza de la Resurrección. Por paradójico que parezca, la muerte no ha sido su término, sino su vocación más personal, en la que encontró su verdad última; a saber, que fue creado y que vuelve a su Creador, por iniciativa libre del amor. Pues a Él, y sólo a Él, perteneces en exclusiva crear la vida de la muerte.

Nuestra fe esperanzadora libera sus resortes en momentos cruciales como éste, en que sentimos que algo se nos desgarrar por dentro. Nuestra esperanza cristiana no tiene nada de fantasía ingenua o bobalicona. Nuestra fe en la resurrección nace de la certeza en la finalidad de nuestro Padre-Dios. Jesús nos dice: "No se turbe su corazón. Crean en el Padre y crean en mí... Confíen, yo he vencido a la muerte".

(Anécdota) Hace bastantes años, con ocasión de su operación del corazón en Houston, Andrés sufrió previamente, en su imaginación, todos los dolores que nunca se hicieron realidad ya que ni sufrió ni quedó inválido, como él fantaseaba. Todo lo contrario, gozó durante muchos años de una muy buena salud, de su ambiente familiar caluroso, y de una vida profesional sumamente exitosa y productiva.

Un acontecimiento, reciente y muy importante, en la vida de Andrés, fue su inmensa alegría al acompañar a su primogénita, al altar, ceremonia que vivió intensamente durante los meses que precedieron al matrimonio. El día de la boda, era tal la dicha que emanaba por todos sus poros que, para echarle broma yo le decía, que parecía que era él, el que se casaba. Desde luego, estaba más nervioso que la novia.

En ocasiones, Andrés me hacía partícipe de sus confidencias, para lo cual no era fácil, pero las tenía. Confidencias tales como..."cualquier día me voy"... "estoy herido de muerte"... "no quisiera irme sin ver a mis hijos graduados y a Laura casada con un esposo que la haga feliz..." Recuerdo especialmente, cuando me hablaba de su miedo, no tanto a la muerte, pues no la temía, sino a la posibilidad de una agonía dolorosa.. Todo ocurrió mucho más fácil e lo que él pudiera imaginar. Andrés, después de dejar a sus tres hijos graduados y a su primogénita casada, se volvió a Dios y le dijo: "misión cumplida" y, simplemente, se durmió... Estaba listo para irse y continuar cuidando, desde arriba, a los que quedamos aquí.

El testimonio de vida y muerte de nuestro querido amigo Andrés, nos recuerda insistentemente que nuestra vida no tiene sentido sin la muerte y que la muerte no tiene sentido sin la esperanza de la resurrección. Por que, por paradójico que pueda parecer, su muerte ha sido verdaderamente su nacimiento, ya que su deceso, no ha sido su término, sino su vocación más personal y en la que encontró su verdad última, a saber, que fue creado y vuelve a su Creador, por iniciativa libre del amor. Pues a Él sólo y sólo a Él pertenece, en exclusiva, crear la vida de la muerte.

Nuestra fe esperanzadora libera sus resortes en momentos cruciales de la vida, como éste, en que algo se nos desgarrar por dentro. Pero nuestra esperanza cristiana está muy lejos de ser una esperanza, ingenua y sin razón. Nace de la certeza en la fidelidad de Nuestro Padre Dios. Jesús nos dice "No se turbe vuestro corazón... Creed en el Padre y Creed en mí... Confíad, YO HE VENCIDO A LA MUERTE..."

Nuestra fe no termina en un cuerpo sin vida, sino que comienza donde, aparentemente, no hay esperanza visible. Es importante, por tanto, que permitamos a Andrés resucitar en cada uno de nosotros, que siga estando presente en nuestras vidas.

Que su presencia no sea un recuerdo que, con el tiempo, se va difuminando, como si aquí se hubiera acabado toda... Como si en nuestras vidas no hubiera pasado nada...

Estoy seguro que, con la ayuda del amigo Andrés, experimentaremos, no sólo que el amor es más fuerte que la muerte, sino también que nuestra fe es más fuerte que nuestro escepticismo. Sólo así viviremos sabiendo que estamos entregados a la muerte pero que la muerte no tiene la última palabra...pues ESTAMOS CONSAGRADOS A LA VIDA.

Rita, Laura, Andrés, Ignacio, Mercedes, José Luís, parientes y amigos todos de Andrés, termino con estas hermosas y oportunas palabras de San Pablo: "Que el Dios de la Esperanza les llene de alegría y de paz en la fe, para que abunden en la esperanza por el poder del Espíritu Santo.." Que así sea...

Julio Vellilla, s.j.
Parroquia "María Trono de la Sabiduría"
UCAB, Caracas, 26/02/07